



DIARIOS DE KOLIMÁ

En autostop por la Rusia extrema

– Jacek Hugo-Bader

Traducción de Ernesto Rubio
y Agata Orzeszek



La Caja
Books — CAJA
ALTA

Diarios de Kolimá

Primera edición: noviembre de 2018

- © Wydawnictwo Czarne, Polonia, 2011.
«Dzienniki kołymskie»
- © del texto: Jacek Hugo-Bader
- © de la traducción: Ernesto Rubio y Agata Orzeszek
- © de esta edición: La Caja Books

Coordinación editorial: Paco Cerdà
Diseño de la colección: Setanta
Corrección: Leticia Oyola
Maquetación: Esperança Martínez

© La Caja Books
www.lacajabooks.com
info@lacajabooks.com

ISBN: 978-84-17496-13-5
Depósito Legal: V-2910-2018

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio físico o electrónico, sin autorización por escrito del editor.



Este libro ha sido publicado con el apoyo
del Programa de Traducción Polaco
[© Poland Translation Program].



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición
del Ministerio de Cultura y Deporte.

ÍNDICE

- p. 7 Dora la chamana. A modo de prólogo
- p. 9 Primera parte. El síndrome del silencio
- p. 121 Segunda parte. El síndrome del campo de batalla
- p. 285 Tercera parte. El síndrome del compañero de viaje

Dora la chamana. A modo de prólogo

Con un gruñido infinitamente largo sorbe el moco. ¿Qué va a hacer ahora?, me pregunto. ¿Lo escupirá en el cenicero, en el ficus o en el cubo de la basura? ¿O quizá se lo acabe de tragar?

Ediy Dora se levanta y mira a su alrededor, señala algo, así que nuestra traductora (los espíritus solo le permiten a Dora hablar en yakutio), diligentemente, le pasa una hoja de papel. La maestra lo enrolla en un cucurucho en el que escupe un enorme moco verde que se queda colgando un buen rato de sus abultados labios, como si fuese un carámbano caliente.

Este es un buen momento para explicar algunas cosas. Con respecto a la estructura y a la portada del libro*. Por qué las tres partes, el color verde oscuro, las letras doradas... Ya hace un año, Ediy Dora vio todas esas cosas con los ojos del alma.

Según su carné de identidad, se llama Fedora Innokéntevna Kabiakova. Ediy es chamana, maestra y curandera, al pie de la letra «la Hermana Mayor». Ya a sus veinte años la llamaban así en Yakutia. Es un título muy honorable, casi religioso, con el que el pueblo obsequia a la persona.

* El autor se refiere a la edición en polaco. (*Nota del editor*)

Tan solo voy por el quinto párrafo de este libro y ya me ha tocado discutir con los editores el tema de los colores verde y dorado. Al principio no las tenían todas consigo, porque a primera vista parecería el Corán, pero se han dejado convencer de que Ediy Dora sabe lo que conviene. Ella lo sabe todo. Incluso cuándo y cómo moriré, qué árbol crece delante de casa, en qué pienso y cuándo estará acabado el libro. Exactamente doce meses después de nuestro encuentro, o sea, en diciembre de 2011. Y si el trabajo no va bien, debo salir de casa y alimentar mi árbol. El espíritu de ella morará en él. O todavía mejor, viajar hasta el río primigenio, que atraviesa mi ciudad, y alimentarlo también. Un pedazo de pan, de carne, un poco de mantequilla y de leche; una ofrenda en la orilla y la escritura saldrá a pedir de boca.

—Pero le aconsejo que escriba lo más sencillo posible —dice Dora—. Sobre mí también. Y no mucho. Porque entiende usted bien poco.

Al cabo de una hora, el cucurucho de la Maestra está lleno de cosa verde.

—Se estará preguntando si estoy enferma —me lee el pensamiento Dora—. Lo que tengo aquí en la mano lo he recogido de ti. Estas son todas las malas experiencias del viaje que acabas de terminar, los malos recuerdos, la mala gente, la impotencia, las enfermedades, el vodka, el miedo, el cansancio... Te he purificado. Y a todas las personas que leerán tu libro y no gozarán con su lectura. Mira cuánto he recogido.

Para terminar, un consejo práctico. No hace ninguna falta leer este libro de cabo a rabo. Para acompañarme en el viaje basta con leer tan solo el diario, o sea, uno de cada dos o tres capítulos. Pero lo mejor que he experimentado —es decir, la gente y el contenido del cucurucho de mocos— está descrito en el resto del libro.

Primera parte

El síndrome del silencio

La hoz y el martillo, el martillo y la hoz
El escudo soviético los tiene a los dos
Ya quieras segar, forjar o moler
A nadie le importa, te van a joder

—¿Has pasado miedo? —pregunto.

—Para nada. Al fin y al cabo me estoy muriendo.

Me echo a reír como un idiota, pero no se ofende, porque mucha gente reacciona así ante el estrés. A mí a veces también me pasa. En mi defensa, debo añadir que me he acordado del viejo chiste, no sé si checo o polaco, sobre Pepik Vondráček, que cuando salía a colación el tema de los comunistas solía decir: «Yo no tengo miedo, yo tengo cáncer».

Iván Ivánovich, por su parte, tiene un corazón muy enfermo y un plazo, o sea, que le quedan unas semanas o quizá unos meses de vida. Eso dicen los médicos. Se está muriendo, así que, al no tener miedo, ha sido el único, junto conmigo, en no cogerse la tremenda melopea que sí se ha enganchado el resto del pasaje. Yo entonces no sabía que habría sido mejor hacer lo mismo que ellos, que me esperaban los siete minutos más aterradores de mi vida, que pasaría incluso más miedo que el día en que los rusos tomaron la ciudad de Shalí durante la primera guerra de Chechenia y a mí no me dio tiempo a huir con la población civil.

¿Cómo sé que fueron solo siete minutos? Porque encendí mi dictáfono al subir a la diminuta barca. Registra la duración de la grabación. Lo apagué en la otra orilla. Ahora escucho que todo el mundo estaba callado como una tumba mientras los cascotes de hielo arrastrados por la corriente arremetían con un estruendo espantoso contra los costados metálicos del casco, mientras el motor, a tope de revoluciones, aullaba como un poseso, y yo me partía de risa.

Fue así como en los últimos días de octubre del año pasado atravesamos el Aldán, el temible río siberiano.

Pero ¿por qué cuento todo esto? Pues porque me da la impresión de que es preciso tener cáncer o un corazón o una cabeza gravemente enfermos para vivir aquí. No tener nada que perder, o ninguna otra salida, para instalarse en este polo de la crueldad. Así es como se habla y se escribe sobre Kolimá. En ocasiones es descrita como la peor pesadilla del siglo XX, la isla más terrible y maldita o la más remota del Archipiélago Gulag, su polo más gélido, el Gólgota ruso, el crematorio blanco, el infierno ártico, un campo de concentración helado sin hornos, o incluso se la llega a comparar con una máquina de picar carne y machacar huesos a escala industrial.

¿Y sabíais que por lo visto la carne humana sabe igual que la de reno: muy suave, magra y un poco dulzona? Ignoro cómo lo saben los lugareños. Me imagino que se trata de una opinión que se transmite de generación en generación. Se dice que la mitad de los actuales habitantes de Kolimá son descendientes de los *zeks*, antiguos prisioneros de los campos. Segunda o tercera generación. *Zek* (en los documentos soviéticos Z/K) es la abreviatura de la palabra *zakliuchonni*, es decir, ‘encerrado’, o simplemente ‘preso’. Cuando se fugaban de los campos, a veces se llevaban a la taiga a un compañero más débil. Eran «fugas con bocadillo», o «con vaca», el cual iba a la zaga de aquel que finalmente lo acabaría devorando.

Pero volvamos a la carne: seguramente este parecido de sabor es la causa de que los osos del lugar sean tan tremendamente peligrosos. Los renos son su manjar, y el hombre es un reno que no sabe correr, una víctima sin cuernos, un simple tarugo, una presa fácil. En cuanto un osito de estos pruebe la carne humana, le cogerá el gusto. Ya no tendrá ganas de perseguir renos y alces por las montañas, dejará de recoger bayas, arándanos y frutos silvestres, de emprender excursiones a los vertederos o a buscar setas. No se alejará de la Autopista de Kolimá, de los núcleos de población, o de los campamentos de buscadores de oro.

¡La de historias que he oído sobre ellos! Sin ir más lejos, la de aquel minero de Susumán que se detuvo en el camino tras reventar una rueda y que al ver a un oso se encerró en el vehículo. El desquiciado animal desgarró la chapa del techo y sacó a su víctima como quien saca carne en conserva de una lata. A los osos los llaman *shatunes*, que en ruso significa ‘vagabundos’, pero en Kolimá la palabra está reservada únicamente para estos osos desquiciados y caníbales.

En la última década, del que más se habló fue del *shatún* que acechó durante años la Autopista de Kolimá a la altura de la cordillera de Verjoyansk. Un macho enorme como un tanque, un auténtico monstruo, una máquina de matar viva. Era fácilmente reconocible por el lazo de acero que llevaba al cuello.

En Kolimá suelen poner trampas para cazar osos, y el nuestro cayó hace años en una de ellas. Los cazadores se presentaron al cabo de varios días. Un padre y dos hijos. El oso colgaba del lazo en un agujero inmenso que había escarbado con sus propias garras mientras luchaba desesperadamente por liberarse. Aún seguía con vida. Los cazadores se sentaron y encendieron un pitillo. Gozosos contemplaban las convulsiones del animal. Se recreaban en su sufrimiento. Después encendieron una hoguera, en un perol pusieron a hervir agua para el té, comieron un poco de pescado seco. Finalmente, el viejo les dijo a los hijos que le pasaran el fusil.

A una distancia de unos pocos pasos, apuntó a la nuca del gigante y disparó.

Le dio al lazo de acero que tenía al animal prendido del árbol. El oso lo hizo trizas y alcanzó después al hijo que le había pasado el fusil. Así se convirtió en un *shatún*. El otro muchacho consiguió huir.

Durante muchos años, el *shatún* de Verjoyansk fue a la caza de personas, y las personas a la suya. Incluso con la ayuda de helicópteros.

—Yo me lo encontré junto al Arroyo del Chamán —cuenta Yuri—. Salí de la cabina para bajar al manantial a coger agua para el té, pero de camino me encaramé a la cuba un momento para comprobar que las tapas estuviesen herméticamente cerradas antes de que anoheciera. Me disponía a bajar de un salto cuando, en el último momento, lo vi allí esperándome. Apareció tan repentina y silenciosamente como un espíritu. Lo reconocí enseguida.

Viajo con Yuri en un Kamaz cisterna de Ust-Nera a Jándiga. Es el tramo más complicado, más desierto y menos transitado de la Autopista de Kolimá. Mi chófer, como de costumbre, se detiene a pasar la noche junto al Arroyo del Chamán, en el kilómetro 1459 de la Autopista, en la cordillera de Verjoyansk.

—Finales de abril —prosigue Yuri mientras sirve vodka en los vasos—, por la noche la temperatura baja hasta unos quince bajo cero y yo solo con un jersey, sin guantes ni gorro; al fin y al cabo, coger agua no me iba a llevar más que un momento. Trepo al techo de la cabina, y desde allí intento alcanzar el picaporte para deslizarme al interior desde arriba, justamente lo que él espera, se pone de pie sobre las patas traseras e intenta atraparme. Es enorme, fácilmente llega al borde del techo. Sabe muy bien que antes o después tendré que bajar.

Yuri encuentra en el bolsillo un encendedor, prende fuego a una botella de agua de plástico, pero ese oso no le tiene miedo ni al

fuego. ¡Un auténtico demonio, no un animal! Acaba de despertarse de su período de hibernación, así que está rabiosamente hambriento. Pasa toda la noche dando vueltas al camión, a la espera de que el hombre se congele y caiga en sus garras. Tiene tiempo, porque por este tramo de la Autopista pasan muy pocos vehículos al día y seguro que no lo hacen nunca en plena noche.

Durante diez horas Yuri da saltos por el techo de su Kamaz, hace sentadillas, flexiones, boxea con su propia sombra, pero finalmente las fuerzas lo abandonan y se duerme en plena helada. Lo salva de la muerte el estruendoso rugido de un claxon. Ve aparecer un potentísimo camión KrAZ, cuyo conductor intenta atropellar al oso, pero este es más ágil y esquiva elegantemente el parachoques, de manera que el salvador alinea su vehículo junto al otro y Yuri, tras saltar al techo del KrAZ, se desliza hasta la caldeada cabina. Su vehículo había estado toda la noche con el motor en marcha.

—Pero las manos sí se me congelaron —dice mientras me pasa la botella vacía—. Cuando llega la helada siempre me empiezan a doler.

—Si crees que voy a ir yo a por agua, lo tienes claro.

—¿Qué dices? Al parecer lo mataron de un tiro hace dos años. Según cuentan, había borrado a treinta personas del mapa.

Todas las noches de mi viaje llevo el *Diario de Kolimá*, que, abreviado y junto con las fotos, intento enviar a la página web wyborcza.pl. Y allí sigue hasta hoy, solo hay que decirle al ordenador que busque *Diario de Kolimá*. Retrocedamos pues cuatro semanas, tal y como Dios manda, al inicio del viaje, al sábado 18 de septiembre de 2010.

Día I

Magadán, en el mar de Ojotsk

Esta es la capital de Kolimá, aparece ya en el primer párrafo de *Archipiélago Gulag*, la obra fundamental de Aleksandr Solzhenitsyn. Pero mi libro no irá del gulag, los campos, los presos, el hambre, la muerte, la tortura.

Desde Magadán, debo partir hacia la Autopista de Kolimá, llamada a veces también la Autovía de Kolimá, y, según el libro de carreteras ruso, «la carretera federal de Kolimá». Aquí todo el mundo suele llamarla «la Ruta». Es el único camino en este territorio inmenso, que equivalía, antes de los numerosos cambios administrativos, a una tercera parte de toda Europa. En otras palabras, ocho Polonias y media, y solo 2025 kilómetros de carretera (con varias pequeñas ramificaciones) que unen Magadán con la ciudad de Yakutsk.

Quiero recorrerla. Es un territorio completamente inaccesible, silvestre o más bien asilvestrado (un poco como nuestras montañas de Bieszczady después de la Segunda Guerra Mundial), con cada vez menos núcleos de población, que distan entre sí varias decenas o varios cientos de kilómetros.

Las montañas. Es lo que más me preocupa. Porque son completamente blancas. Por la ventanilla del avión en el que llegó desde Moscú veo que en la Kolimá profunda reina un invierno en toda regla. Se ha adelantado este año. Tiene mala pinta, ¡muy mala! Debería esperar unas cuantas semanas más. Puede que en los desfiladeros y en los ríos tenga serios problemas, porque muchos de ellos me tocará cruzarlos, ya sea vadeándolos o en ferry. Cuando el agua empieza a helarse, se desatan los témpanos, los transbordadores dejan de funcionar y hay que esperar casi hasta diciembre para poder viajar por los caminos sobre el hielo.

La única forma de recorrer esta ruta es hacer autostop, a bordo de los mastodónticos camiones de fabricación rusa: los Kamaz, los Urales y los KrAZ, llamados popularmente «barromóviles». Los Liaz bielorrusos también resultan eficaces.

Los viejos dicen que este camino es el cementerio más largo del mundo. He calculado que si se colocaran una tras otra todas las víctimas de los campos de Kolimá de la época de Stalin, no cabrían.

Hagamos de nuevo el cálculo. 2025 kilómetros equivalen a más de dos millones de metros. Si dividimos por metro ochenta, salen un millón ciento diez mil hombres. Y mujeres. ¿Que en aquellos años no crecían tanto? Depende de quién. Los letones y estonios, para la época, eran unos gigantes. Los japoneses, kalmukos, tártaros y las mujeres eran mucho más bajos. Incluso si dividimos por metro setenta, el resultado solo cambiaría en unas cuantas decenas de miles. Kolimá, de todos modos, se llevó seguramente por delante más de un millón cien mil o un millón doscientas mil vidas humanas.

El problema con esto es que nadie sabe cuántas. Si sumáramos todos los transportes por mar entre la primavera de 1932 y el verano de 1956, nos saldría que se trasladó a Kolimá a más de dos millones de presos.

El catedrático David Semiónovich Raizman, jefe de la cátedra de Humanidades de la Universidad de Economía de Magadán, señala, a través de la ventana de su despacho de la calle Proletariátskaya, al otro lado del cruce con la Avenida Lenin, al antiguo calabozo del NKVD, convertido ahora en el archivo de los Servicios de Seguridad. Los expedientes de los presos se apilan allí, igual que lo hacían ellos en su tiempo: en las celdas, sobre los camastros de los zeks. El profesor desplaza después el dedo más al norte y señala más allá del río Magadanka, a una gran glorieta con la parada de autobús número 31. El lugar donde en 1940 estuvo operativo un campo de tránsito para tres mil soldados polacos hechos prisioneros un año antes. Desde allí, grupo tras grupo, fueron siendo enviados a los campos

definitivos. Principalmente, junto a las minas de oro diseminadas por toda Kolimá.

De manera que ¿cuántas víctimas hubo? Anne Applebaum, la extremadamente minuciosa periodista del *Washington Post*, en su libro *Gulag*, o GULag, siglas de *Glávnoie Upravlenie Ispravitelno-Trudovyj Lagueréi i Kolóniy* (Administración Superior de los Campos y Colonias de Reeducción y Trabajo), por el cual recibió el premio Pulitzer en 2004, habla de 28,7 millones de trabajadores forzosos en la Unión Soviética, de los cuales, según los archivos accesibles actualmente, aunque en su opinión muy muy incompletos, murieron 2 749 163. De esto se deduce que «el coeficiente de mortalidad» en los campos alcanzaba el diez por ciento.

La «capacidad» de los 160 campos de Kolimá era de doscientas mil personas (eran todas las que cabían al mismo tiempo). Las autoridades soviéticas las habían enviado al Extremo Norte para hacerlas desaparecer y perderlas de vista para siempre. Habían de sucumbir allí. El primer invierno, de 1932 a 1933, lo sobrevivió uno de cada cinco presos. Los que estaban a punto de cumplir la condena recibían una nueva bajo cualquier pretexto y volvían al *zabói*, a la galería, al frontón de su mina de oro, o se convertían en rezagados, es decir, en presos que tras haber cumplido su sentencia, su ración, no eran liberados del campo, por ejemplo, hasta el final de la guerra, pese a que no hubiese ni un solo motivo económico para mantenerlos allí. Cualquier trabajo realizado por los presos, las personas libres podían hacerlo mejor y más barato. Es curioso que la palabra *zabói* en ruso significa también 'matanza' (como las del ganado vacuno o porcino). Es así como el NKVD intentaba aunar dos objetivos mutuamente excluyentes: extraer la máxima cantidad de oro posible y exterminar cuanto antes a las personas consideradas enemigos de los bolcheviques.

El general Władysław Anders, en su libro *Sin el último capítulo. Memorias de los años 1939-1945*, escribe que, según sus averiguaciones, en los años 1940 y 1941 llegaron a Kolimá más de diez mil

ciudadanos polacos. Entre ellos sin duda estaban aquellos tres mil prisioneros de guerra mencionados por el profesor David Raizman. Cuando el general formaba su ejército, los rusos liberaron de los campos de Kolimá a 583 personas. Esa fue la cantidad de polacos que consiguieron sobrevivir dos años, dos terroríficos inviernos, el de 1941 y el de 1942. Entre ellos estaba Ryszard Kaczorowski, el último presidente de la República de Polonia en el exilio.

En mi opinión, el índice de mortalidad de Kolimá más fiable es el grupo de los 171 antiguos presos que llegaron desde allí hasta el ejército polaco en ciernes. Se trataba de los soldados polacos supervivientes de la Campaña de Septiembre de 1939. A consecuencia de la congelación, casi todos tenían amputados dedos de manos y pies. ¡He aquí el más fehaciente coeficiente de mortalidad! ¡De tres mil a 171 personas! El 88,6 por ciento.

Pero de todo esto no habrá casi nada en mis relatos. De aquellos tiempos. Si voy a visitar a los últimos supervivientes, será por avaricia, para no perdérmelo, puesto que es la última oportunidad para describir todo aquello que les tocó vivir, experimentar. Son gente excepcional; han visto el fondo de la vida. En los campos atravesaron la frontera tras la cual se desintegra cualquier alma. Pero lo que más me interesará oír es lo que ocurrió a continuación: cómo seguir viviendo con semejante bagaje. Cómo han vivido.

Me voy a Kolimá para ver cómo se vive en un lugar así, en un cementerio así, el más largo. ¿Es posible amar, reír, gritar de alegría? ¿Y cómo se llora, se engendra y se educa a los hijos, se gana una vida, se bebe vodka, se muere...? De esto quiero escribir. Y de lo que comen, cómo lavan el oro, hornean el pan, rezan, se curan, sueñan, luchan, se muelen a palos...

Al aterrizar, en el aeropuerto de Magadán, veo un enorme cartel que dice: BIENVENIDO A KOLIMÁ, EL CORAZÓN DE ORO DE RUSIA.